

CON UN DEDO EN MI EGO

DAVID GERROLD

Cuando me miré al espejo esta mañana, la pupila de mi ojo izquierdo había desaparecido. La mayor parte del iris había desaparecido también. Tan sólo quedaba un área vacía de color blanco con una mancha grasienta señalando el lugar donde antes había estado el iris.

Al principio pensé que tenía algo que ver con las lentes de contacto, pero luego me di cuenta que yo no llevo lentes de contacto. Nunca he llevado.

Resultaba algo extraño, aquel ojo vacío mirándome fijamente; pero lo más inquietante era que seguía pudiendo ver a su través. Cuando puse mi mano cubriendo mi ojo derecho intacto, descubrí que la visión en mi ojo izquierdo era tan buena como siempre, y aquello me preocupó.

Si no hubiera sido capaz de ver a su través, no me hubiera preocupado. Aquello hubiera significado simplemente que durante la noche me había vuelto ciego de aquel ojo. Pero el que la pupila del ojo simplemente desapareciera sin afectar en absoluto mi vista..., bueno, aquello era como para preocuparse. Podía ser un síntoma de algo serio.

Por supuesto, pensé en llamar al doctor, pero no conozco a ningún doctor, y me sentí un poco turbado ante la idea de molestar a un perfecto desconocido con mis problemas. Pero allí estaba aquel ojo, y seguía mirándome, así que finalmente acudí al directorio telefónico.

Pero el directorio telefónico parecía haber desaparecido durante la noche. Lo había estado utilizando para sostener uno de los extremos de la estantería donde tenía los libros, y ahora había desaparecido. Lo mismo le había ocurrido a la propia estantería..., empecé a pensar si no habría sido robado.

Primero mi ojo, luego el directorio telefónico, ahora mi estantería, todo había desaparecido. Si aquel día no hubiera sido martes, me hubiera sentido preocupado. De hecho, estaba preocupado, pero el martes es mi día de ponderar todos los quizá-podría-ser que se han convertido en nunca-fueron. El lunes es mi día de preocuparme acerca de los efectos personales (tales como ojos y directorios telefónicos), y el lunes tardaría aún seis días en llegar. Estaba apartándome de mi programa preocupándome en martes. Cuando volviera el lunes, entonces me preocuparía por el directorio telefónico, si no había nada más urgente de lo que preocuparme primero.

(Considero que esta compartimentación de mis preocupaciones ayuda a mantener mi mente ordenada..., concediendo sólo un tiempo determinado a cada problema soy capaz de mantener el mundo en su perspectiva correcta). Pero el asunto del ojo seguía allí y aquello me trastornaba. Es más, estaba *distorsionando* mi perspectiva.

Resolví hacer algo al respecto inmediatamente. Fui en busca del teléfono, pero éste también había desaparecido en algún lugar a lo largo del camino, de modo que me vi obligado a abandonar aquella exploración.

Era muy frustrante..., esa inquietante costumbre de desaparecer que habían adoptado los objetos inanimados. Cada vez que me ponía a mirar algo, descubría que se había desvanecido, como si me desafiara a descubrirlo. Era como jugar al escondite, y puesto que hacía muchos años que había abandonado tales juegos infantiles, decidí no animarles más y me negué a seguir buscándolos. (Dejemos que sean ellos quienes vengan a mí).

Decidí que podía ir caminando hasta el doctor. (Hubiera podido ponerme la gorra, pero aquello hubiera significado buscarla, y temía que mientras la buscaba simplemente desapareciera.)

Fuera, observé que la gente me miraba de una forma extraña cuando pasaba por mi lado. Tras un tiempo, me di cuenta que debía tratarse de mi ojo. Lo había olvidado por completo, no dándome cuenta que debía parecerles un tanto extraño a los demás.

Hice ademán de dar media vuelta para ir en busca de mis gafas de sol, pero comprendí que si empezaba a buscarlas seguramente también desaparecerían. De modo que deseché la idea y seguí mi camino hacia la consulta del doctor.

—Dejemos que ellas vengan a mí —murmuré, pensando en las gafas de sol. Debí asustar a la vieja dama que se me cruzaba en aquel momento, pues se giró para mirarme de una forma muy peculiar.

Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta y las hundí profundamente. Casi de inmediato noté algo duro y plano en el bolsillo de la izquierda. Eran mis gafas de sol en su estuche. Bien, habían venido hasta mí. Era alentador ver que aún seguía siendo el amo de los objetos inanimados de mi vida.

Tomé las gafas y me las puse, sólo para descubrir que el cristal de la izquierda de las gafas se había vuelto de un color blanco lechoso. Conjuntaba perfectamente con mi ojo, pero descubrí que, al contrario que mi ojo, era completamente incapaz de ver a través de la opacidad del cristal. No me quedaba más remedio que ignorar las miradas de los transeúntes y seguir directamente hacia la consulta del doctor.

Tras un momento, sin embargo, me di cuenta que no sabía a dónde estaba yendo..., como he anotado antes, no conozco ningún doctor. Y estaba casi convencido que si empezaba a buscar la consulta de uno, probablemente no llegaría a descubrir nunca ninguna. Así que me detuve en la acera y murmuré para mí mismo:

—Dejemos que sean ellas las que vengan a mí.

Debo confesar que desconfiaba un poco de este procedimiento —recordando lo que había pasado con las gafas de sol—, pero a decir verdad no tenía otra alternativa. Cuando miré a mi alrededor vi una placa en la fachada del edificio que tenía detrás: «Centro Médico». Así que entré.

Me dirigí hacia la recepcionista y la miré, y ella me miró. Me miró directamente al ojo (al izquierdo) y dijo:

—Sí, ¿qué puedo hacer por usted?

—Desearía ver a un doctor —dije.

—De acuerdo —dijo ella—. Precisamente hay uno que está pasando ahora por el vestíbulo. Si mira rápidamente, es probable que aún pueda verlo. Mírelo. ¡Ahí está!

Miré y tenía razón..., *había* un doctor alejándose por el vestíbulo. Podía verlo por mí mismo. Sabía que era un doctor porque llevaba zapatillas de golf y un suéter; luego desapareció por un recodo del corredor. Me volví a la muchacha.

—No era eso exactamente lo que quería decir —murmuré.

—Bueno, ¿qué es lo que quería decir?

—Desearía que un doctor me viera a mí —dije.

—Oh —dijo ella—. ¿Por qué no lo dijo la primera vez?

—Creí haberlo dicho —murmuré, en voz muy baja.

—No, no lo hizo —dijo ella—. Y hable más alto. Apenas puedo oírle. —Tomó su micrófono y hablo por él—. Doctor Gibbon, por favor, acuda a recepción... —Luego dejó el micrófono y me miró expectante.

Yo no dije nada. Aguardé. Tras un momento, otro hombre con zapatillas de golf y suéter salió por una de las puertas cercanas y avanzó hacia nosotros. Miró a la muchacha tras el mostrador, y ella le dijo:

—Este caballero desearía que un doctor lo viera.

El doctor dio un paso atrás y me miró de arriba a abajo, luego me pidió que diera media vuelta y me miró un rato más. Luego dijo:

—De acuerdo, listo —y regresó a su oficina.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Por supuesto, eso es todo —dijo la muchacha—. Es todo lo que usted pidió. Son diez dólares, por favor.

—Espere un minuto —dije—. Deseaba que me viera el ojo.

—Bueno —gruñó—, tendría que haberlo dicho usted la primera vez. Ya sabe que aquí estamos muy ocupados. No tenemos tiempo que perder llamando a los doctores para que vengan a mirar a todos los que se están paseando por aquí. Si usted deseaba que mirara a su ojo en particular, debería haberlo dicho.

—Pero yo no deseo a alguien que simplemente mire a mi ojo —dije—. Deseo a alguien que lo cure.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Hay algo malo en él?

—¿No puede verlo? —dije—. La pupila ha desaparecido.

—Oh —dijo—. Así que es eso. ¿La ha buscado?

—Claro que la he buscado —dije—. La he buscado por todas partes..., por eso probablemente no he podido encontrarla.

—Quizá la haya dejado por algún lado —murmuró suavemente—. ¿Cuál es el último sitio donde ha estado?

—No he estado en ninguna parte —dije.

—Bueno, quizá ese sea su problema.

—Quiero decir que he permanecido en casa toda la noche. ¡No he ido a ningún lado! Y no me siento muy bien.

—No se le ve muy bien tampoco —dijo ella—. Debería ver a un doctor.

—Ya lo he hecho —dije—. Pasó por ese vestíbulo.

—Oh, es verdad. Ahora lo recuerdo.

—Mire —dije. Estaba empezando a sentirme un poco irritado—. ¿Tendrá la bondad de concertarme una consulta con un doctor?

³/₄¿Es eso lo que desea..., una *consulta*?

—Sí, eso es lo que deseo.

—¿Está seguro que es *todo* lo que desea ahora? ¿No se echará luego atrás y se quejará que no le hemos proporcionado lo que usted deseaba?

—Estoy seguro —dije—. No voy a echarme atrás.

—Bien. De eso es de lo que queríamos asegurarnos.

Por aquel entonces, todo parecía ir completamente mal. El mundo entero parecía estar desliziéndose lateralmente..., como chapoteando, estirándose y ladeándose de tal modo que todas las cosas parecían estar resbalando hacia el borde. Por ahora nada había superado aún ese borde, pero creí poder ver pequeñas grietas apareciendo en la superficie.

Agité la cabeza para aclararla, pero todo lo que conseguí fue producir un estrepitoso ruido en ella..., como el que puede producir una nuez demasiado pequeña dentro de una cáscara demasiado grande.

Me senté en la mesa camilla para esperar..., me sentía aún incapaz de pensar claramente. La niebla remolineaba más densa que nunca, oscureciéndolo todo. La visibilidad se había reducido a cero, y los controladores estaban amenazando con interrumpir todas las operaciones hasta que el

techo volviera a elevarse. Protesté, —¿acaso el techo no estaba correcto allá donde estaba?—, pero ellos simplemente me ignoraron.

Entonces me puse en pie e intenté empujar el techo hacia arriba con mi mano, pero no lo pude alcanzar y tuve que subirme a una silla. Incluso entonces la superficie seguía siendo dura e inamovible. (Sin embargo, me hallaba lo suficientemente cerca como para ver que había numerosas grietas y fisuras en él.)

Empecé a empujar de nuevo, pero una fuerte mano en mi hombro y una voz profunda me detuvieron.

—Tiéndase en la mesa camilla —dijo la voz—. Simplemente cierre los ojos. Relájese. Tiéndase de espaldas y relájese.

—De acuerdo —dije, pero no me tendí de espaldas. Me tendí sobre mi estómago, y apreté mi rostro contra la dura y resistente superficie.

—Relájese —dijo de nuevo la voz.

—Lo intentaré —dije, obligándome a ello.

—Mire por la ventana —dijo la doctora—. ¿Qué es lo que ve?

—Veo nubes —dije.

—¿De qué tipo?

—¿¿¿De qué tipo???

—Sí. ¿De qué tipo?

Miré de nuevo.

—Nubes tipo requesón. Pequeños cúmulos de nubes tipo requesón.

$\frac{3}{4}$ ¿Nubes tipo requesón...? —preguntó la doctora.

—Sí —dije—. Nubes tipo requesón. Duras y firmes.

—¿Requesón pequeño o grande?

—¿Eh? —pregunté. Me giré y la miré. No llevaba zapatillas de golf, pero sí suéter. En vez de zapatillas de golf llevaba unos zapatos de tacón alto. Pero era un doctora..., eso podía afirmarlo. Sus zapatos también llevaban presillas.

—Le he hecho una pregunta —tronó ella, con su profunda voz.

—Sí, lo ha hecho —admití—. ¿Le importaría repetirla?

—No, no me importaría —dijo, y aguardó tranquilamente.

Yo también aguardé. Durante un momento hubo silencio entre nosotros. Empujé el silencio a un lado y dije:

—Bien, ¿cuál era?

Esta vez respondió.

—Le pregunté si las nubes eran como requesón grande o requesón pequeño.

—Renuncio —dije—. ¿Cómo son?

—Ha hecho bien en renunciar..., de otro modo hubiéramos tenido que sujetarlo por la fuerza. Renunciando a sus falsas concepciones ha hecho las cosas mucho más fáciles para ambos.

Todo se estaba dislocando y oscilando precariamente en el borde. Grietas cada vez más grandes empezaban a aparecer en la imagen, y pequeños trozos estaban empezando a deslizarse fuera y a caer lentamente al suelo, donde estallaban como pompas de jabón.

—Uh... —dije—. Esto, doctora..., hay algo que va mal en mi ojo.

—¿En su ego?

—Uh, sí. La pupila ha desaparecido.

—¿La pupila de su ego ha desaparecido? —La doctora estaba sorprendida—. ¡Eso es sorprendente!

Yo sólo podía asentir..., así que lo hice. (Un poco demasiado fuertemente, quizá. Unos cuantos trozos más se desprendieron y cayeron flotando suavemente hasta el suelo. Los contemplamos durante un momento.)

—Hummm —dijo ella—. Tengo una teoría sobre eso. ¿Le gustaría oírla?

No respondí. Iba a decirme su teoría lo quisiera yo o no.

—El mundo está dirigiéndose hacia su fin —susurró con tono conspirador.

—¿Precisamente ahora? —pregunté, en cierto modo preocupado. Aún no le había dado de comer al gato.

—No, pero pronto —me tranquilizó.

—Oh —dije.

Permanecimos sentados allí en silencio. Tras un instante, ella carraspeó.

—Pienso... —empezó lentamente, luego se interrumpió.

—Oh, es estupendo —dije, pero ella no me oyó.

—... pienso que el mundo existe tan sólo como un reflejo de nuestras mentes. Existe tal como es tan sólo porque así pensamos que es.

—Yo pienso..., luego yo existo —dije. Pero ella me ignoró. Me dijo que me mantuviera tranquilo.

—Sí, usted existe —confirmó. (Me alegra que lo dijera, empezaba a sentirme un poco preocupado, y aquel era un mal día para ello. La última vez que me había sentido así había sido martes)—. Usted existe —dijo— porque usted piensa que existe. Y el mundo existe también porque usted piensa que existe.

—Entonces, cuando yo muera..., ¿el mundo terminará conmigo? —pregunté en forma esperanzada, tomando nota mental de no morirme.

—No..., eso es una estupidez. Ningún hombre cuerdo y racional cree en solipsismos.

Se rascó el globo ocular con un tenedor y prosiguió:

—Cuando usted muere..., *usted* deja de existir. Pero el mundo sigue..., sigue porque todos los demás que aún están vivos creen todavía en su existencia. (En lo único en lo que han dejado de creer es en la existencia de usted.) Entienda, el mundo es una ilusión colectiva de todas nuestras imaginaciones individuales.

—Lo siento —dije rígidamente—. Yo no creo en colectivismos. —Me erguí un poco con ánimo de sentarme—. Soy un republicano convencido.

—¿No entiende? —dijo ella, ignorando mi interrupción—. Esta alucinación masiva diciendo que el mundo es real sigue manteniéndose tan sólo gracias a su propia inercia. Usted cree en ello debido a que así es como estaban las cosas cuando usted empezó a existir..., es decir cuando todos los demás empezaron a creer que usted existía. Cuando usted hubo nacido, vio que el mundo seguía un cierto conjunto de reglas en las que creían los demás, así que usted también creyó en ellas..., el hecho que usted crea en ellas simplemente les proporciona mucha más fuerza.

—Oh —dije. Permanecí allí escuchándola, intentando imaginarme alguna forma de marcharme sin desairarla. Mi ojo empezaba a dolerme y ya no podía ver el techo. La niebla estaba formando torbellinos de nuevo.

—¡Mire a la iglesia! —dijo ella de pronto.

—¿Eh? —dije.

—¡Mire a la iglesia! —dijo de nuevo, insistente.

Lo intenté. Levanté mi mano e intenté mirar a la iglesia, pero la niebla era demasiado densa. Ni siquiera podía ver las puntas de mis pies.

—Mírela —dijo ella—. La *fe* es el precepto básico de la religión..., ¡la fe en que lo que se le está diciendo es cierto! ¿No le han dicho que tenga fe en la iglesia, que la fe puede obrar milagros?

Bueno, le diré algo..., ¡puede obrarlos! ¡Si la suficiente gente cree en algo, esto se convierte en realidad!

Por aquel entonces, mi ojo estaba latiendo dolorosamente. Intenté sentarme, pero sus fuertes manos me empujaron hacia atrás. Se me acercó más y susurró intensamente:

—¡Sí! Es cierto. Lo es.

—Si usted lo dice —asentí.

—Afortunadamente —continuó—, la iglesia abandonó hace mucho tiempo los milagros en favor del conservadurismo..., ¡ahora está luchando para conservar el *status quo*! La iglesia es uno de los últimos bastiones de realidad..., ¡es una de las pocas cosas que hacen retroceder el caos!

—¿El caos?

—Sí, el caos.

—Oh.

—El mundo está cambiando —explicó ella—. El hombre lo está cambiando.

Asentí.

—Sí, lo sé. Yo también he leído los periódicos.

—¡No, no! ¡No es eso lo que quiero decir! ¡El hombre está cambiando su mundo inconscientemente! Cada vez más y más gente está empezando a creer que realmente pueden cambiar su entorno..., y cuanto más lo creen, más drásticamente cambia éste. Le daré un ejemplo..., ¡los fósiles!

—¿Los fósiles?

—Sí, los fósiles. Nadie había descubierto nunca ningún fósil hasta que la gente empezó a creer en la evolución..., luego, cuando empezaron a creer en ella, uno no podía dar un paso sin tropezarse con fósiles.

—¿Cree usted realmente esto? —pregunté.

—¡Sí, lo creo! —dijo con intensidad.

—Entonces debe ser así —dije.

—Oh, lo es —afirmó, y supe que realmente creía en ello. Lo había dicho de una forma tan convincente. De hecho, cuanto más hablaba, más empezaba a creer yo también en ello.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —pregunté.

—Porque nos hallamos en un gran peligro. Por eso —susurró furiosamente—. El mundo no está cambiando uniformemente. Todo el mundo está empezando a creer en cosas distintas, y están formando bolsas de no-causalidad.

—¿Como un grano? —ofrecí.

—Sí —dijo ella, y pude ver uno pequeño formándose en la punta de su nariz—. Funciona de esta forma: un fanático se encuentra con otro fanático, luego los dos se encuentran con más gente que comparte las mismas alucinaciones, y muy pronto forman toda una bandada de fanáticos creyendo todos en lo mismo..., muy pronto sus ilusiones se convierten en realidad para ellos..., han empezado a contradecir la realidad conocida reemplazándola por un nodo de no-realidad.

Asentí y me concentré en rodearme confortablemente con un jirón de niebla.

—Cuanto más cambian las cosas, más gente cree en los cambios y más fuertes se vuelven éstos. Si eso se mantiene, muy pronto seremos las únicas personas cuerdas que queden en el mundo..., y estaremos en peligro...

—¿Están superando en número nuestra realidad? —sugerí.

—Peor que eso..., ¡todas sus distintas concepciones están empezando a agrietar la estructura del espacio! ¡Incluso la forma de la Tierra está cambiando! Porque hubo un tiempo en que era realmente

plana..., el mundo no empezó a girar sobre sí mismo hasta que la gente empezó a creer que era redondo.

Entonces me giré y la miré pero había desaparecido entre la niebla. Todo lo que había quedado tras ella era su sonrisa.

—Pero el mundo tiene en realidad forma de pera —dije—. Lo leí en el *Scientific American*.

¾¿Y por qué cree usted que está cambiado de forma? —respondió la sonrisa—. Es debido a que hay una nación que está empezando a creer que es realmente mayor de lo que es. La Tierra se está hinchando para acomodarse a esa creencia.

—Oh —dije.

—Es culpa de los nuevos medios..., ¡la televisión está influenciando nuestra imagen del mundo! No dejan de decirnos que el mundo está cambiando..., y más y más gente está creyendo en ello.

—Bueno —dije—. Siendo la forma del mundo tal como es hoy en día, cualquier cambio sería para...

—¡Oh, Dios..., no usted también! Todos ustedes no dejan de hablar sobre que el mundo va a hacerse pedazos..., va a romperse por sus costuras...

Y entonces incluso la sonrisa desapareció.

Me quedé solo. Yo también tenía razón. Otras personas habían empezado a darse igualmente cuenta de ello. Grandes pedazos de la superficie *habían* desaparecido y en su lugar se habían formado agujeros. Más y más pedazos estaban desprendiéndose a cada momento, pero las aguas aún no se habían derramado desde el otro lado.

Hundí mi dedo en uno de los agujeros y pude sentir la suave superficie gelatinosa al otro lado. Quizá aún no se había derretido completamente.

De todos modos, nada había conseguido con respecto a mi ojo..., no sólo estaba empezando a picarme terriblemente, sino que mi ego estaba empezando a punzarme también agudamente, y tenía la sensación que iba a volverse igualmente opaco.

—¿¿Se ha encontrado usted ya a sí mismo?!! —preguntó uno de los oradores en el parque. (Nunca me había buscado a mí mismo..., y recordando mis anteriores experiencias buscando cosas, por supuesto no estaba dispuesto a iniciar aquel tipo de búsqueda.) Seguí mi camino.

Más adelante había otro orador..., éste subido sobre un bidón.

—Deberíamos estar agradecidos por esta gran nación que tenemos —gritaba por su altoparlante el orador—, donde tanta gente puede creer en tantas cosas distintas.

Me froté el ojo. Tuve la imprecisa y desagradable sensación que se estaban abriendo grandes fisuras en el techo.

—Cualquiera puede subir aquí y hablar defendiendo su causa..., cualquier grupo puede creer en cualquier cosa que quiera..., ¡no existe la menor duda que podemos rehacer el mundo si lo deseamos! ¡Y a nuestra propia imagen!

Las cosas estaban tambaleándose a derecha e izquierda..., arriba y abajo.

—Pero lo más importante de todo —continuó el orador— es que no importa cuánto nos contradigamos los unos a los otros, ¡todos nosotros estamos trabajando juntos por el bien común. ¡Nuestro gran sistema democrático nos permite minimizar nuestras diferencias de tal modo que podamos llegar a un compromiso! Sólo sugiriendo todas las alternativas a un problema podemos seleccionar la mejor solución posible. ¡En el largo camino, esta libertad e individualidad fundamentales nos ayudarán a todos a conseguir el mayor bien para el mayor número de personas!

Aquello me sonó bien.

Cuando llegué a casa, los trabajadores acababan de terminar con el papel pintado de las paredes. Era sorprendente lo sólida que parecía la superficie una vez que todas las grietas y fisuras habían sido cubiertas con una fachada de chillonas flores.

Ya no podía decir dónde el yeso había caído..., y la superficie desnuda de la infraestructura había desaparecido en la niebla. Por supuesto, lo único que quedaba era que el techo parecía estar mucho más bajo que antes.

Hice una larga pausa para acariciar al gato. Éste agitó la cabeza al verme entrar.

—Hey..., hola, hombre —dijo el gato—. Dame un paseo.

—No puedo. Estoy teniendo problemas con mi ego.

—Bueno, entonces dame un dólar.

—¿Para qué?

—Para un viaje —dijo.

—Oh. —Le di un dólar, aguardé al viaje.

Enrolló el billete en su boca, lo prendió, tomó su maleta, y rápidamente ascendió a una altura de crucero de trescientos metros. Luego se encaminó hacia el oeste. No acabé de comprenderlo. La niebla se había vuelto mucho peor y los controladores recién acababan de suspender todo el tráfico.

Había algo que me hubiera gustado preguntar, pero lo había olvidado. Oh, bueno..., no podía ser nada muy importante. Pero me hubiera gustado deducirlo...

El hombre en la televisión era un doctor. Se sentó sobre el aparato, con las piernas balanceándose delante de la pantalla (sus zapatos rozaban la imagen) y dijo que las drogas estaban destruyendo la realidad. Las drogas podían destruir la cordura de una persona alterando sus percepciones del mundo hasta que ya no pudiera percibir en absoluto la realidad.

—Sólo mientras eso no cambie lo que él cree —murmuré, y desconecté el aparato. Luego lo eché a él. Se estaba haciendo tarde y deseaba dormir un poco. De todos modos, tomé nota mental para una nueva preparación de mi receta. El papel pintado de la pared se estaba cayendo ya en pedazos.

De hecho, en este momento, sólo el esqueleto de la estructura del edificio se mantiene aún en pie, y parece como hecha de *pudín* de chocolate. Quizá sea eso. Quizá *sean* las drogas. Quizá *estén* alterando nuestras ilusiones colectivas..., pero yo no he notado nada.

FIN

Nota: El título original de este relato está basado en un juego de palabras traducible pero que se pierde en español: en efecto, en inglés, «I» (ego) y «eye» (ojo) se pronuncian igual.